

LA GALERNA DEL SABADO DE GLORIA

«Hay una palabra seria, con regusto de sal y de lágrimas, un galicismo hondo y temible, sonoro y lúgubre, que va siempre enlazado al holocausto de las gentes pescadoras del Cantábrico: la galerna ...»

Rafael González Echegaray

INTRODUCCION

Cuando ya tenía recopilada una buena parte de la información bibliográfica referida a la galerna del Sábado de Gloria del año 1878, posiblemente el suceso más estremecedor de los anales de la Meteorología en las costas del Cantábrico, tuve la oportunidad de ser testigo de uno de estos dramáticos e inesperados temporales. Fue el 7 de junio del año 1987 en las primeras horas de una tarde asurada y bochornosa en que, tras la repentina virazón del viento Sur al Noroeste, sobrevino la lluvia arrasadora y torrencial. La temperatura descendió bruscamente diez o doce grados y el cielo se desplomó en un paredón de nubes galopantes, casi negras, que enmarcaban un mar totalmente cubierto de blancas espumas. Galerna —dijeron— y la palabra maldita movilizó a cientos de personas, que empapadas de lluvia y de miedo, corrían en busca de un asubiadero lo más alejado posible del mar y de la playa.

Hasta aquel momento yo no había percibido la dimensión trágica que tiene una galerna, ni sabía del terror que su presencia produce. Comprendí que la galerna más famosa de todos los tiempos se había producido de forma tan súbita e inesperada como la que acabábamos de vivir y que el pronóstico de este fenómeno sigue siendo una de las asignaturas pendientes de los servicios meteorológicos hispano-franceses.

Por ello, decidí prescindir de la bibliografía de creación literaria que había recopilado, por considerarla más imaginativa e irreal, y centré mi trabajo en el análisis minucioso de periódicos y revistas en busca de noticias fidedignas sobre el tiempo atmosférico de aquella Semana Santa de 1878, en cuyo día final más de trescientos pescadores cántabros y vascos habían perdido la vida. La fecha, 20 de abril, había coincidido con la festividad del Sábado de Gloria, circunstancia que creo ha contribuido a perpetuar su recuerdo.

El hecho de que aquella galerna hubiera sucedido mucho antes del verano y de que sus efectos se hicieran sentir lejos de la costa cantábrica, tierra adentro, son notas que rompen la idea tradicional de temporalidad y localización de este tipo de fenómenos catastróficos.

En mis notas de archivo de efemérides meteorológicas, la galerna del Sábado de Gloria de 1878 y la siguiente, del 25 de abril de 1890, son galernas muy «literarias». Menéndez Pelayo, Pereda, Amós de Escalante, Olarán, Estrañi y otros relevantes novelistas, poetas y periodistas cántabros de finales del siglo pasado las han inmortalizado. Forman parte de la historia negra de Cantabria como la explosión del Machichaco o el incendio que destruyó Santander en la «surada» de febrero de 1941.

Para documentarme utilicé como sistema de trabajo la recopilación de cuantos datos pude hallar en la Hemeroteca Municipal de Santander, empleando como fuentes principales La Ilustración Española y Americana, y todos los periódicos locales, regionales y nacionales de aquellas fechas que

existen en la Biblioteca Menéndez Pelayo. En esta fase conté con la colaboración inestimable de Isabel Garrido, que localizó en la Hemeroteca de Gijón un extraordinario material.

Una encuesta y varias entrevistas cubrieron otro de mis objetivos: contrastar lo que piensan hoy los pescadores del Cantábrico de las galernas y la vialidad de su pronóstico meteorológico, y comprobar qué queda de tradición oral de aquel trágico temporal que hace cien años había sido tema de coplas, cantadas en calles, plazas y mercados. Puedo asegurar que los hombres de la mar consideran a la galerna como a la peor de las tempestades, la más traidora, porque sus signos premonitorios aparecen cuando ya están prácticamente atrapados por ella. Afirman que jamás han visto ni oído que en los pronósticos meteorológicos de prensa, radio y televisión se haya anunciado la posibilidad de su aparición. Saben que, teóricamente, la galerna aparece con bochorno, tras una virazón del viento al Noroeste, «... pero virazones al Noroeste —dicen— hay miles, sin que ocurra nada de particular ...». En general, todos han oído citar a la galerna del Sábado de Gloria y la tienen como un suceso remoto, casi legendario, cuya fecha ignoran.

Entre los entrevistados (prácticos de puertos, técnicos de señales marítimas de faros del Cantábrico, tripulantes de yates de recreo sorprendidos por galernas, windsurfistas, ...) merece especial mención el testimonio escrito de D. Dionisio Costales, en un informe remitido al Centro Meteorológico de Santander después de la última galerna, la del domingo 7 de junio de 1987, a la que antes ya me referí. Transcribo casi completo este escrito como contraste de una galerna vivida por pescadores de hoy, tripulando embarcaciones de hoy, con la tragedia del Sábado de Gloria de 1878, de la que hablaré seguidamente:

«EL BISAGRAS —dice Dionisio Costales— es un motovelero de 11 metros de eslora por 2,9 de mang y un desplazamiento de 8 toneladas. Lleva un aparejo Marconi, un motor principal de 95 HP y un auxiliar de 12 HP. Desarrolla a motor una velocidad de 12 Kts. Componíamos la tripulación cinco hombres, de los que cuatros somos titulados náuticos. Habíamos salido de Gijón el día 6, para dedicarnos a la pesca del atún en una franja paralela a la costa y a 100 millas de ella. Al hacerme cargo de la guardia la mañana del día 7, estábamos de regreso a puerto, a unas 40 millas al NE de Gijón. La guardia transcurrió sin novedad y a las 11,30 GMT nos encontrábamos en las inmediaciones de La Concha de Gijón. Llevaba un rato cayendo llovizna fina y decidimos esperar el paso de una regata que se estaba celebrando. A las 11,40 recibimos el mensaje de una embarcación situada 5' a nuestro Oeste, comunicando que se encontraba en apuros por temporal. Había arreciado algo el viento, pero no teníamos certeza de que no pudiera tratarse de un error. A continuación anoté en la hoja que se había desencadenado el infierno. Fue algo monstruoso. El viento nos zarandeó tan violentamente que el propulsor salió del agua recalentando el motor principal y obligándonos a hacer uso del auxiliar, para no atravesarnos al viento y a la mar que nos venía. Recuerdo que se habló de izar un tormentín, pero era imposible mantenerse sobre cubierta. Inmediatamente ordené tomar las provisiones para abandono de buque, pues teníamos costa a sotavento y el motor auxiliar no podía con aquello. Todos los barcos de la zona solicitaban socorro y la situación era aterradora. Mi recuerdo imborrable es haber visto la mar completamente blanca de espuma, como si hirviese. El viento era racheado, pero de una violencia inusitada, que se mantenía entre dos ráfagas y claramente del Noroeste. Nadie había previsto aquello. Aunque había habido durante la guardia una bajada de presión, había vuelto a subir a partir de 1.100. El viento había sido de flojito a flojo toda la mañana, y antes. Habíamos navegado a motor toda la noche. Sabíamos de las terribles galernas del Cantábrico, pero a ninguno se nos pasó por la imaginación, con los datos de a bordo, que íbamos a vivir una de ellas ...».

Quiero hacer mención aparte a mi fuente de información predilecta. Me refiero a la obra de Rafael González Echeagaray, el autor de nuestros días que ha tratado con más sensibilidad los temas trágicos del Cantábrico, en un estilo sobrio y personalísimo del que estimo son una buena muestra las palabras dedicadas a la galerna, previas a esta introducción.

La galerna del Sábado de Gloria, en la prensa local

El Boletín de Comercio de Santander, periódico que se definía en su portada como «mercantil, agrícola y de intereses morales y materiales» se publicaba en Santander todos los días, excepto los festivos. Fue el periódico de su tiempo que tuvo el privilegio de informar el primero y amplísimamente sobre la Galerna del Sábado de Gloria. Por ser el reportaje de prensa más completo, transcribo casi literalmente lo que refería el lunes 22 de abril de 1878:

«Cuando comenzaba ya la tirada de nuestro número del sábado, hubimos de detenerla para consignar las noticias vagas que verían nuestros lectores sobre el triste suceso que preocupaba al público. Decíase ya, aunque no se afirmaba positivamente, que el siniestro entrañaba muchísima gravedad, que eran cuatro las lanchas que habían naufragado, pereciendo todos los que las tripulaban menos tres o cuatro. Un respetable temor, el de incurrir en involuntaria exageración, aumentando la natural ansiedad, el acerbísimo dolor de las personas que esperaban noticias de individuos de su familia, nos hizo omitir los detalles que nos habían facilitado y preferimos darlos incompletos a exponerlos exagerados, pero presintiendo que las noticias que se recibirían serían funestísimas.»

«No nos equivocamos. Poco después se sabía ya positivamente que el suceso tenía todos los caracteres de una catástrofe horrible. Nuestra pluma es demasiado débil para describir escenas tan fuertes como las que presenciábamos en aquella tarde y por la noche. El deseo de saber condujo al Muelle a las personas que tenían en la mar al padre, al hijo, al esposo o lo que es aún más terrible, a cuatro o cinco personas con ese parentesco que navegaban juntos ... ¡Cuántos se sintieron estremecer al oír la relación de los naufragios ...!»

«Como quiera que nuestros lectores no conocen los detalles del suceso, vamos a hacérselos saber de la manera más sencilla que podamos y según nos lo ha referido uno de los actores de aquel horrible drama.»

«Salieron del Puerto con buen tiempo, a las cinco próximamente de la mañana, veintitrés lanchas mayores, siete barquías y una trainera, además de otras embarcaciones cuyo nombre y circunstancias se ignoran. Algunos marineros sospechaban que el ventarrón de la víspera al concluir la tarde volvería a reproducirse, mas no intentaron dar fuerza a su opinión y ni siquiera manifestarse reacios para salir al mar.»

«Reinaba ligera brisa del Nordeste, que continuó hasta las diez, hora en que se hallaban ya todas las embarcaciones cogiendo sardina para la pesca. A esta hora mientras ventaba del Este, notaron los pescadores que había Sur en tierra, lo cual se conocía por la arena que se levantaba en los arenales inmediatos. Esto y algunos sospechosos nubarrones que se veían en lontananza o sobre ellos, hizoles infundir sospechas de que el tiempo estaba revuelto, preparándose acaso un temporal. Pero ¿era prudente en aquel instante acobardar y volverse para casa? Prudente, sí, lo hubiera sido en alto grado, según hemos visto a posteriori. Pero, si el tiempo se hubiera conservado bueno, y hubiesen vuelto al hogar sin señal alguna de haber pescado ¿qué se hubiese dicho de los prudentes? Se les hubiese motejado de cobardes. Y prefirieron continuar su faena, esperando que sucediese —según la expresión de uno de aquellos infelices— lo que Dios quisiera.»

«Los patrones empezaron a temer de veras momentos antes de que el huracán, que ya veían venir, se declarara. Y cuando éste se pronunció contra las frágiles embarcaciones, encontró las lanchas sólo con la unción, o sea la vela más pequeña, que se usa para correr un tiempo cuando viene huracanado. ¡La unción! nombre al que por otra parte va unida una idea harto triste y que expresa también lo apurado del caso.»

«Las doce próximamente eran cuando el temporal se desarrolló de una manera horrible, con viento del Noroeste. Entonces se dispuso el regreso a Santander, o la arribada a las más inmediatas ensenadas, viéndose de unas lanchas cómo sufrían las demás. ¡Triste espectáculo!»

«La mayor parte de las embarcaciones se encontraban a unas cuatro leguas al Oeste-Noroeste de Cabo Mayor, hacia el frente de Suances, hallándose colocados en los sitios que conocen los pescadores con las denominaciones de Punta de Santoña, Miguelillo y La Garma.»

«Una vez en dispersión, cada cual debió tomar el rumbo que le pareció más conveniente, cambiando la mejor suerte a las lanchas que se separaron más de la costa. (...) La mar mediana, pero arqueando bastante, y el viento completamente huracanado, hicieron que en algunos momentos y en intervalos que duraron siete y ocho minutos, hubiese necesidad de arriar la unción, que alguna lancha trajo hecha pedazos, viniendo a palo seco.»

«Si el temporal hubiese ocurrido de noche —nos decía uno de los que se hallaron más distantes en el sitio de la catástrofe— Santander se hubiese quedado sin Cabildo, hubiésemos parecido allí todos.»

«No es fácil describir las impresiones del marinero en estos momentos. Sólo puede concebirla el que haya corrido algún temporal parecido al de la tarde del sábado. Las más tristes reflexiones surgen por el enmarañado laberinto de la imaginación, que hace pensar al hombre, más que en los peligros que le rodean, en el porvenir tristísimo que espera a sus familias (...). La esperanza en Dios o en la Virgen es lo único que le anima y le consuela, haciendo más votos por llegar a tierra para conservar a su madre, sus hijos o su esposa, que por mantener su propia vida.»

Un paréntesis en el relato

Antes de continuar con la información de la prensa sobre la galerna del Sábado de Gloria, se incluye alguna aclaración sobre el mundo de la mar en la Cantabria de 1878.

Santander era entonces una ciudad de apenas 40.000 habitantes muy ligados al puerto y su comercio con ultramar. El tráfico de harina y el transporte de emigrantes a las Américas era su principal y saneada fuente de ingresos. Tenía ya un tranvía de vapor que llegaba hasta el Sardinero, donde apenas se bañaba la gente de entonces.

Los pescadores habían dejado de ir a la pesca de la ballena y el bacalao, restringiendo sus capturas a las costeras del bonito, la sardina, el besugo y la anchoa. Solían alejarse de sus puertos sólo entre 50 y 100 millas. Sus embarcaciones eran totalmente de madera y no tenían cubierta. Las había de dos clases: mayores y menores. Las que pescaban merluza, bonito y besugo eran mayores. Las barquías y las traineras se consideraban menores. En las primeras cabían hasta catorce hombres y un patrón y tenían doble tracción, a vela y manual. Su arboladura contaba con un solo palo mayor, con una gran vela que, en apuros, solía cambiarse por otra más pequeña llamada la unción. También se podía arbolarse otro pequeño mástil, con vela, cuadrada, el tallavientos.

El ejercicio de la pesca y la navegación eran totalmente libres. Para poder pescar no había que hacer más trámite que anotarse en la Cofradía. Cualquiera podía competir con los trabajadores de la mar.

En general, el marinero era hombre piadoso, que oía misa solemne los domingos y fiestas de guardar. Rezaba el credo al cruzar la barra y exclamaba «¡Alabado sea Dios!» al hacer su primera captura. También imploraba con el ¡Jesús y adentro! mientras remaba fuerte y al unísono de sus compañeros en el instante mismo de pasar la barra con temporal «para abocar al Puerto y sotaventear al redoso de la Punta de la Península de la Magdalena».

Su atuendo habitual era la blusa, de hechura más corta que la de los trabajadores de otros oficios. Su gran lujo, un traje de pana o una chaqueta de mahón. Calzaba alpargatas en tiempo seco y

almadreñas cuando esperaba que lloviera. Caminaba entonces haciendo un ruido especial sobre las calles, adoquinadas con cantos rodados de río. Sus mujeres cubrían la cabeza con un pañuelo, que ataban debajo del mentón. Solían ir descalzas, lo mismo que los niños. Una tercera parte de su vida «iban de hábito» de la Virgen del Carmen o de San Antonio, en cumplimiento de promesas en las que el Cantábrico y sus temporales tenían mucho que ver.

Las familias pescadoras cubrían malamente sus necesidades vitales cuando había pesca, sin ningún tipo de ayuda que protegiera sus infortunios.

Gran eco en la prensa nacional

Durante muchos días consecutivos, la prensa nacional publicó noticias y reportajes relacionados con la galerna del Sábado de Gloria de 1878 y prácticamente todos los periódicos abrieron suscripciones en favor de las familias de los naufragos. La siguiente noticia apareció transcrita en multitud de diarios:

«Los marineros que se salvaron del naufragio continúan celebrando sus votos. Hemos visto hoy (24 de abril) en Santander a los tripulantes de una de las lanchas, que conducían la vela llamada la unción, con su palo hecho pedazos. Iban descalzos y con las ropas que vestían en tan horrible trance. Entraron en la Iglesia de San Francisco y se pusieron de rodillas y así fueron, con la vela del buque tendida en una mano y en la otra un cirio, hasta el altar del Carmen, donde se celebró una misa cantada...»

Algunos ampliaban esta nota de prensa, añadiendo que, una vez terminada la misa, los pescadores supervivientes, acompañados de sus familiares y de casi todo el Cabildo Catedralicio, se trasladaron al Santuario de la Virgen del Carmen en Revilla de Camargo, para dar gracias a la patrona de los mares por su ayuda en el naufragio.

Otro de los episodios más dramáticos, también muy divulgado, fue el de la presencia en la zona alta de la Virgen del Mar, en los aledaños de Santander, de aquel sacerdote que daba la absolución a los marineros que intentaban asirse a lo que quedaba de las embarcaciones, que se destrozaban contra los acantilados, mientras el mar los iba sepultando, sin que se pudiera hacer nada desde tierra por salvarlos. Días después Amós de Escalante escribiría, inspirándose en el suceso: «... Desde el salobre risco/de San Pedro del Mar, un sacerdote/les dio la bendición. Nada más grande/ojos humanos contemplar pudieron...»

Los medios de comunicación estaban muy sensibilizados ante aquella galerna que había dejado huérfanos a más de mil niños. El Imparcial, La Gaceta, El Norte de Castilla, La Crónica Mercantil, La Paz, El Siglo Futuro ... informaron ampliamente sobre la incidencia de aquel terrible temporal en Cantabria y el País Vasco. Uno de los diarios que facilitó a nivel nacional más noticias sobre la galerna en Vascongadas, fue el Siglo Futuro, que aporta también algunos datos muy interesantes, bajo el punto de vista meteorológico, a los que más adelante aludiré.

En la Sección Religiosa de este último periódico apareció publicada una carta que el Arcipreste de Bermeo escribió a su Obispo, dándole noticia del aspecto que ofrecía la villa vizcaína aquel Sábado Santo: «... Volamos al templo a postrarnos delante del Santísimo Sacramento, Sagrario abierto, pedimos ayuda y cedió bastante la tempestad, pero ya habían perecido 108 de nuestros pescadores y se habían perdido dieciséis lanchas...»

En la misma Sección Religiosa se transcribía, también el 29 de abril, la pastoral que el Obispo de Vitoria publicaba en el Boletín Eclesiástico de la Diócesis, dirigida a los párrocos de su jurisdicción, para que «aprovechen —decía— la primera oportunidad que tengan de excitar a los fieles para

que contribuyan con sus limosnas al alivio de las desgracias ocurridas en los pueblos del litoral vascongado...».

Sorprende un tanto la gran abundancia de reportajes desgarradores de bastantes periódicos, hablando de la agonía de los pescadores, intentando asirse a las embarcaciones volcadas y profiriendo gritos estremecedores: «... ¡No nos abandonéis!, ¡Adiós, hasta la Eternidad! ¡Adiós para siempre !...» Todo ello contado por quienes se habían salvado, sin poder hacer nada por los amigos y familiares más queridos...

Las coplas de la galerna del Sábado de Gloria

El pliego de coplas de la Galerna fue publicado en la Imprenta de la Voz Montañesa de Santander, y figura como «propietario» del mismo Pedro Gutiérrez, que prohibía su reproducción y venta. No tienen más valor literario que el propiamente testimonial y son un claro ejemplo de un tipo de poemas menores muy del agrado de la gente del pueblo, que escuchaba en corro la copla, que solía comprar, en este caso para allegar fondos a las familias de las víctimas de la galerna.

El pliego tiene veinticinco coplas, que comienzan en el estilo ampuloso e hiperbólico al uso, intentando llamar la atención del auditorio:

Detenga su curso el sol
y la luna su carrera
estremézcanse los montes
tiemblen sin cesar las sierras

Que el año setenta y ocho
Sábado Santo encomienza
a referir los estragos
de toda la costa entera

Tras una relación muy detallada de los puertos pesqueros del Cantábrico que más habían padecido el azote de la galerna, las coplas siguientes decían:

En los puertos referidos
señores, voy a empezar
a contar grandes estragos
que a todos harán temblar.

En Colindres, los veintiocho
que salieron a pescar
se quedaron sepultados
entre las olas del mar

En Algorta, padre e hijo
que salieron a la mar
quedaron entre las olas
¡Qué desgracia tan fatal!

En puerto de Santander
cincuenta y dos marineros
peleaban con las olas
sepulturas de sus cuerpos

En Laredo treinta y seis
quedaron entre las olas,
memoria les ha quedado
de Sábado Santo de Gloria

En Bermeo, ochenta y cinco
cuarenta y nueve, Elanchove
en Mundaca quince perdieron
las vidas allí los pobres

En estrofas sucesivas continuaba enumerando el número de víctimas de distintos puertos cántabros y vascos. Finalizaba el pliego de coplas exhortando a las mujeres que formaban el corro de espectadoras («... Acudid, viejas y niñas ...») a que contribuyeran a las cuestaciones en favor de viudas y huérfanos. Como colofón, una última copla, dedicada a la Virgen Patrona de Cantabria, que es toda una plegaria:

Virgen de La Aparecida
Madre de los marineros,
perdona a los desgraciados
que están bajo de tu seno.

Actos sociales y veladas benéficas

La prensa de la época dio cumplida cuenta de la gran cantidad de actos sociales que se organizaron en toda la geografía nacional para recabar fondos que paliaran en parte la miseria económica en que quedaban los familiares de los naufragos. Conciertos, festejos taurinos, funciones de teatro, zarzuelas, estudiantinas ... y, sobre todo, funerales magníficos, precedidos de procesiones corporativas, amenizados por las orquestas y coros más famosos, con la predicación de los oradores sagrados de más renombre. Era un tiempo en que este tipo de celebraciones religiosas solemnes constituían un verdadero espectáculo, con rituales muy del gusto de la época.

El Boletín de Comercio solía hacer una reseña de los actos benéficos organizados en la Corte y principales capitales de provincia del Reino. Así informaba, por ejemplo, de la función celebrada el primero de mayo de 1878 en el Teatro y Circo Príncipe Alfonso de Madrid, que habían presidido, con un lleno completo, SS.MM. los Reyes y S.A.R. la Princesa de Asturias.

De todas aquellas veladas benéficas hubo una, organizada por el Ayuntamiento de Santander, que fue un verdadero acontecimiento social. Según los cronistas, el acto literario-musical constituyó un éxito rotundo. Los músicos, cantantes, poetas, escritores y periodistas de más renombre intervinieron. Pereda, Menéndez Pelayo, Amós de Escalante, Olarán, Estrañi, Del Río ... todos acudieron a la llamada del Alcalde Tomás Agüero, aportando composiciones alusivas al tema de la Galerna del Sábado de Gloria que el edil les había propuesto y que leyeron en los entre actos musicales.

Se sabe que Menéndez Pelayo no estaba en Santander aquel dramático sábado. Debió llegar de vacaciones muy a finales de abril o a principios de mayo. Pero compuso y declamó aquel poema que empieza.

Puso Dios en mis Cántabras montañas
auras de libertad, tocas de nieve
y la vena de hierro en sus entrañas...

Pereda escribió un fragmento de una de las obras que no acabaría hasta años después. Según Ignacio Aguilera, debió ser el Parágrafo IV de «El Fin de una Raza», uno de los cuadros marineros de Esbozos y Rasguños, que no publicó completo hasta 1881.

Doce años después, El Atlántico, periódico santanderino de gran tirada, lanza un número extraordinario en el que reproduce todas las composiciones literarias que habían leído sus autores aquella noche del 10 de mayo de 1878 en el festival organizado por el Ayuntamiento. El motivo, volvía a ser allegar fondos a las familias de las víctimas de otra galerna. Esta vez había causado la muerte a 55 pescadores, el 25 de abril de 1890.

El tema de la Galerna del Sábado de Gloria trascendió a otros poetas de la geografía nacional. Suelen citar las antologías que la composición que nuestro Premio Nobel José Echegaray dedicó a la viuda de un marinerero muerto fue inspirada por aquella tragedia. Una de sus octavillas más logradas dice así:

En pie, sobre la arena,
ante ella, el mar rugiente,
alrededor, sus hijos
imirando ya sin ver!

Quizá el agua salobre
que salta a su mejilla,
trae la última lágrima
del que no ha de volver.

Reacciones políticas

El Boletín de Comercio del 24 de abril de 1878, publicaba la siguiente noticia:

«Ayer fue teatro la Capitanía del Puerto de una escena patética y conmovedora. Las familias de los pescadores acudieron en tropel a la Comandancia, llegando a obligar a mandar alguna fuerza de Carabineros y Guardia Civil. El Sr. Méndez Casariego, dignísima Autoridad de Marina, fue objeto de muy injustos cargos de los hechos dolorosísimos de los que él era ajeno. Impávido ante la lluvia de imprecaciones, denuestos y amenazas, devolvió consuelos y perdones ante los ataques injustificados de que era objeto...» Al fin se apaciguaron los ánimos que pedían responsabilidades y se solucionó el conflicto con la intervención del Obispo, que obtuvo para quienes habían provocado a la Autoridad marítima, el perdón solicitado por una comisión de Cabildo de Mareantes.

El Siglo Futuro publicaba el 23 de abril esta gacetilla: «Ayer tarde, los Diputados por Vizcaya, Santander y Guipúzcoa se han puesto de acuerdo para procurar toda clase de socorros a las familias de los que han perecido en la catástrofe ocurrida en aquellas costas. Al efecto deben reunirse hoy en una de las salas del Congreso, con la asistencia de varios banqueros y agentes de Bolsa naturales de aquellas provincias.»

Un día después, en la Sesión de Diputados celebrada en el Congreso el 24 de abril, el Diputado por Santander Sr. Vicuña tuvo la siguiente intervención: «... El objeto que me mueve a hablar es que se pongan los medios, si no de evitar en absoluto la reproducción de tales catástrofes, que esto ya sé que es imposible, por lo menos de avisar a los pobres pescadores, por los sistemas que se emplean en Inglaterra, en los Estados Unidos y en todos los países más civilizados, donde no sólo hay establecimientos semafóricos, sino un servicio meteorológico completo, que permite anunciar las tempestades, sobre todo cuando toman la terrible forma de ciclones. Este servicio está muy poco

atendido en España. Aquí sólo se recibe el telegrama diario del Servicio Meteorológico Internacional de París. Las noticias de los Estados Unidos sólo se tienen por los boletines impresos, cuando han pasado ya su oportunidad. Ruego, pues, al Gobierno que trate de recibir un telegrama directo de los Estados Unidos, con el Servicio Meteorológico del día, el cual se transmita en el acto a los Capitanes de los puertos, con preferencia a todos los telegramas, y éstos lo harán llegar, por los medios más rápidos posibles, a conocimiento de los marineros dedicados a la pesca, estableciéndose en los puertos señales claras y visibles. Llamo la atención del Gobierno sobre este punto, tanto más cuanto que, según mis noticias, el Sr. Ministro de Fomento proponía un aumento de crédito para este servicio en el presupuesto próximo, que, según se dice no ha sido admitido por el Consejo de Ministros.»

A esta alocución, contestó literalmente el Ministro Pavía: «... Las desgracias ocurridas en el Cantábrico son efecto de circunstancias que no pueden preverse. El día amaneció con buen cariz, al mediodía empezaron a presentarse algunas nubes por el Noroeste, que indicaban que habría galerna por la tarde. La galerna vino, en efecto, pero a la vez vino una manga de viento que no fue indicada ni siquiera por el barómetro y que fue la que produjo el siniestro a consecuencia del cual han perecido doscientas y tantas víctimas ...»

Algunas medidas se tomaron, sobre todo para mejorar la estructura de las embarcaciones de pesca, promoviendo concursos para premiar a quienes diseñaron barcos más seguros en los temporales.

También se concedieron becas de estudios marítimos en San Fernando (Cádiz) para huérfanos de pescadores víctimas de la galerna y se suprimió el pago de varios aranceles a las familias afectadas.

El Gobierno prometió la revisión de todo el sistema de previsión meteorológica y, sobre todo, de la difusión de partes con la debida antelación. El barómetro de mercurio de las Capitanías y el aspecto que ofrecía el cielo eran los únicos medios que tenían los pescadores para conjeturar el tiempo y jamás salían a la mar —como aún lo hacen hoy en muchos puertos de Cantabria— sin echar un vistazo a la variación de la presión atmosférica.

A raíz de la galerna del Sábado de Gloria, en Vizcaya y Santander se promovieron importantes campañas para la mejora y reorganización del Servicio de Salvamento de Náufragos. En la capital de Cantabria, el antiguo sistema de petición de socorro usando el toque especial de campanas «a barco» se cambió por la izada de una bandera amorrónada en el palo de señales de la Capitanía y se establecieron premios e incentivos para los salvadores. El primer tripulante de Salvamento de Náufragos que llegase a su puesto recibía un premio de cinco pesetas y por cada vida salvada otras veinticinco más, aparte del jornal.

También hubo necesidad de imponer castigos a quienes, fingiéndose recaudadores autorizados para recaudar las suscripciones pro damnificados, malversaban los fondos en su propio beneficio.

Se gestionó liberar del servicio miliar a los hijos varones de las familias con víctimas.

Noticias meteorológicas

Como indicaba en la Introducción de estas notas sobre la Galerna del Sábado de Gloria, uno de los propósitos era recopilar la información que, de alguna forma, tuviera relación con la tragedia, bajo el punto de vista meteorológico.

No se pretende analizar la escasa información de este tipo, rescatada casi siempre entre líneas, ni aventurar hipótesis alguna sobre la naturaleza de aquel terrible temporal que costó la vida a más de trescientos trabajadores del mar. Simplemente, se enumeran las noticias más significativas:

— El 19 de abril, víspera de la galerna, en Santander se levantó un «ventarrón» entre las seis y media y las siete de la tarde que obligó a la gente que había salido a ver la Procesión del Santo Entierro, a suprimir el tradicional paseo.

— En Galicia y Asturias no hubo novedad. Tampoco en la costa de Cantabria hasta San Vicente de la Barquera. Ni en la costa francesa del Suroeste.

— El día 20 de abril, fecha de la galerna, se produjo desde primeras horas de la mañana un giro paulatino del viento. Primero reinó una ligera brisa del Nordeste. Luego, Este en la mar y Sur en tierra. A mediodía, la virazón hacia el Noroeste fuertísimo, que ocasionó la tragedia.

— En Bermeo la galerna se produjo media hora después.

— El mismo día, el temporal también se hizo sentir en tierra. En Alceda-Ontaneda, pueblo situado en el curso medio del Pas, a unos treinta kilómetros de la costa, los vientos huracanados causaron terribles destrozos en el edificio del Balneario, derribando muchos árboles de su parque.

— Un día después, la fuerte lluvia y la tramontana destruían la edificación que se estaba construyendo para el establecimiento de la Aduana de Port Bou.

Epílogo

Desde la última galerna de junio de 1987, que azotó las costas de Asturias, Cantabria, País Vasco y Suroeste francés, los meteorólogos de los servicios meteorológicos de Francia y España se han reunido varias veces en Santander y San Sebastián para estudiar conjuntamente estos temibles temporales y establecer un sistema de comunicados de alerta entre ambos países, que abre caminos de esperanza.

Parece oportuno recordar que la única relación meteorológica oficial franco-española en 1878 era el telegrama diario del Servicio Meteorológico Internacional de París. Pero, cuando se conoció en Francia la espantosa catástrofe de la galerna del Sábado de Gloria, Le Courier de Bayonne publicó estas palabras:

«La tempestad no ha caído sobre nuestras costas: Demos gracias a Dios. Pero ¡cuántos hogares anegados en llanto cerca de nosotros! La Caridad nos obliga al socorro de esas desgracias, porque, para la Caridad jamás ha habido Pirineos.»

Carmen GOZALO DE ANDRES
Licenciada en Historia
Funcionaria del CENTRO METEOROLOGICO DE SANTANDER

(Presentado en XIX Jornadas de A.M.E. en Asturias, 1988).